



SAN JUAN DE MONTEALEGRE

Es otro nombre berciano. Un nombre más que añadir a la colección del olvido y del abandono. Cuando el viajero se adentra en tierras del Bierzo es Montealegre el primer valle que atraviesa en su camino, pero lo cruza desde lo alto, por uno de los puentes de la nueva autovía que no permiten contemplarlo con el silencio que su ya antigua soledad lo requiere. El acceso por Torre del Bierzo es más sencillo dista sólo cuatro kilómetros, pero el caminante debe ir con la idea expresa de conocerlo, porque si no pasará de largo y tan solo lo verá como un nombre más del mapa provincial.

Llegar es difícil. Indicaciones vagas desde Torre y una ausencia de señales indicadoras harán perderse al viajero que no acertará con la ruta para llegar no sólo a Montealegre, sino también a Santa Cruz de Montes, entre tantas desviaciones que conducen a las minas de esta zona, muchas de ellas abandonadas. Idas y venidas al mismo punto de arranque nos llevan por fin hasta San Juan de Montealegre que se eleva, con aspecto fantasmal, tras una pequeña subida del embarrado camino. Aquí, en el fondo del valle, hay unas ruinas señeras a las que acompaña el murmullo sonar de las aguas del río La Silva, su único compañero y más fiel amigo.

Cuando sólo quedan en pie algunas piedras de la cabecera y el muro trasero, con dos vanos vacíos, sin campanas, que acarician los aires de este valle berciano, a duras penas puede pensarse que estos sillares alzaban uno de los cuarenta y cinco monasterios que fueron pilares firmes de la Tebaida. Rebuscando entre viejos libros y manuscritos encontramos que su abad Pimolo está entre los asistentes al Concilio de Irago, el 1 de septiembre del 946, bajo la presidencia del rey Ramiro II, cuando este monasterio se llamaba San Martín de Montes, aunque luego, convertido en hospicio de la Orden Hospitalaria, se le colocase bajo la advocación de San Juan y con el determinativo de Montealegre al ser la parroquia del pueblo del cual está algo alejado.

Así creció y se desarrolló esta iglesia edificada en una antigua calzada romana, la Vía Nova, que bajaba desde el Puerto del Manzanal y a sus pies pasaba, albergando en su interior dos miliarios de dicha vía: uno, que sostenía el púlpito, y otro, junto al altar mayor. El estilo románico dejó clara huella en ella: las ventanas de su cabecera, los modillones labrados de sus tres ábsides, la sillería de granito con seis marcas de cantero diferentes que aún se pueden apreciar en el ábside lateral izquierdo, los arquiteos murales con decoración de billetes. Pero ahora, hoy, es un